

# LAS RAICES SOCIOCULTURALES DEL DESARROLLO

---

**Todo cuanto hemos aprendido mediante la investigación histórica y antropológica indica que el mundo está afrontando hoy no sólo una reordenación de polaridades económicas, sino un cambio civilizatorio a escala total. El cambio tecnológico debe examinarse en el contexto más amplio de la cultura humana y la vida social.**

---

**Por Lourdes Arizpe**

**E**l presente cambio global, como en ocasiones históricas anteriores, está siendo impulsado por avances tecnológicos que van a alterar los mecanismos de la vida cotidiana, así como la estructura social, basada en formas de producción organizadas sobre el esquema de la industria del siglo XIX, materias primas-manufactura-montaje. Los factores económicos de la globalización de la economía están ocasionando asimismo una reordenación política de las líneas de demarcación entre el industrialismo capitalista y el socialista. La biotecnología cambiará, con toda probabilidad, la naturaleza de la agricultura, que todavía es el medio básico de vida de la mayoría de la población mundial. Al mismo tiempo, la biogenética humana y las tendencias demográficas ya han invadido el más privado de los terrenos, el de la familia y la reproducción biológica y social. La cultura postindustrial, un nombre seguramente erróneo, está fomentando en el Norte un sentido fragmentado del yo y del puesto social. En los países en desarrollo, la gente percibe que sus culturas e identidades tradicionales son puestas en peligro de forma alarmante por las nuevas posibilidades de la comunicación electrónica y la cultura audiovisual. También se pueden predecir cambios diversos en otras áreas. Sólo ha habido dos ocasiones anteriores en la historia en las que haya tenido lugar semejante cambio social global, en que *todas las áreas de la vida humana y social hayan sido afectadas*. Es, sin embargo, la primera vez en la historia en que *el conjunto del mundo está siendo afectado casi simultáneamente*.

## **CIUDADANOS GLOBALES CON ESPIRITU TRIBAL**

A pesar de estas dos características claramente definidas del cambio global actual, la discusión de las tendencias mundiales no ha sido holística a la hora de analizar y proponer medidas políticas. Se ha dedicado a encontrar soluciones a los problemas económicos y a comenzar a crear conciencia conforme a la sostenibilidad ecológica de las medidas actuales de desarrollo. No ha considerado, sin embargo, la sostenibilidad social y cultural de los modelos actuales de desarrollo. Tampoco ha



sido global en el sentido de intentar crear una ciudadanía mundial, en vez de intentar acomodar lo más lejos posible los intereses económicos nacionales, corporativos y gregarios. Como dijo un poeta danés anónimo —citado por Inga Thorsson—, aún somos ciudadanos globales con espíritu tribal.

Si estamos afrontando un cambio civilizatorio muy grande, ¿nos deberíamos dedicar, entonces, a crear un «plan grandioso» para el futuro? Esto no es posible. La historia muestra que todas las grandes transformaciones sociales han sobrevenido sin plantilla alguna —o, al menos, la mayoría. Hoy día los cambios son tan variados y están ligados tan inextricablemente que las predicciones unidisciplinarias apenas tienen valor. No obstante, es sin duda verdad que las metas humanas y las percepciones compartidas han guiado tales transformaciones y, en especial, han dado a la gente un sentido de propósito y de solidaridad sin el cual los cambios pueden volverse peligrosamente violentos. Así pues, tenemos que empezar a pensar, al menos, en directrices políticas que puedan suponer medidas favorables para la sociedad de un mundo nuevo.

### UN PRIMER PASO: RESPONSABILIDAD GLOBAL

Aunque no podemos predecir *dónde* nos está llevando el cambio, hay que dar pasos que aseguren una mayor responsabilidad de los gobiernos nacionales y los aglomerados multinacionales con la ciudadanía global, para impedir que las virtudes corporativas y nacionales se conviertan en vicios globales. Una manera de hacer esto sería desarrollar el derecho internacional hacia un sistema jurídico global, y conseguir que las instituciones multilaterales evolucionen lentamente hacia instituciones de un gobierno mundial. A esto, por supuesto, se opondrán fieramente los poderes hegemónicos, pero, viéndonos enfrentados con la globalidad de los problemas y con la amenaza a la supervivencia colectiva, habrá que emprender esto más tarde o más temprano. Seguramente algunos líderes, muchos pensadores y muchos ciudadanos globales ya están prestos a romper el cerrojo de los intereses localistas para construir un mundo nuevo.

Quizá este proceso se haría más fácil con un enfoque mundial, que entraña negociaciones más directas, permitiendo introducir verificaciones y contrapesos y hallar medios de hacerlos efectivos. En un esquema multipolar de mayor autonomía de las regiones, las negociaciones globales podrían estar más compensadas; pero ¿tendrían las regiones a su vez un esquema interno de negociación pluralista?

Lo que tiene que estar claro, a partir de experiencias anteriores, es que la polarización económica hacia un sistema de doble vía tiende a crear tensiones políticas, sociales y culturales que la hacen insostenible a largo plazo.

La experiencia latinoamericana con economías «duales» mostró que son inherentemente inestables. El desarrollo económico de la región desde los años cincuenta creó tales disparidades en la distribución de renta que, entre otras cosas, la lucha de guerrillas se hizo general en los sesenta. Los regímenes dictatoriales o autoritarios exacerbaban la militancia política, y hubieron de dar paso, bien a regímenes militares y «guerra sucia», bien a costosas políticas populistas. Los «milagros» para una minoría se convirtieron en pesadillas para todos.



Hay tres razones por las cuales las economías divididas en dos estratos serán incluso más inestables internamente en los noventa. Primera, un mayor nivel educativo de la mayoría de la población hará más indefendible la polarización económica. Segunda, los medios de comunicación, a menos que estén totalmente desteñidos de realidad, darán a conocer constantemente las disparidades económicas, y aparecerá más frustración. Tercera, al menos dos de las mayores religiones del Sur, el catolicismo y el Islam, se oponen doctrinalmente a los extremos de opulencia y pobreza; una economía en dos estratos reforzaría los fundamentalismos, por una parte, y desataría teologías como la de la liberación en América Latina, por la otra. El conflicto religioso alimentaría entonces las contiendas políticas y sociales.

## SEGUNDO PASO: TENIENDO EN CUENTA LA SOSTENIBILIDAD SOCIAL

Desde los años cincuenta, las políticas desarrollistas han ignorado las dimensiones sociales y culturales del desarrollo, o bien las han dado por supuestas. Se asumía implícitamente que estas dimensiones se adaptarían a cualesquiera realidades económicas que surgieran. De hecho, fue así hasta los años sesenta, porque en el Norte, igual que en el Sur, la esfera privada de la familia, la reproducción y las relaciones personales era tan estables como el peñón de Gibraltar. En el Sur, la movilidad geográfica estaba siguiendo un curso lento y manejable. En ambos hemisferios las identidades culturales estaban seguras y lo étnico permanecía dormido, mientras en el mundo hegemónico cultural y artístico del Norte la *avantgarde* se entretenía desuniéndose voluntariamente, metiéndose en un «arte por el arte», en una espiral solipsista. Así, el tren del desarrollo económico consiguió rodar fácilmente por los dos rieles dados-por-supuestos de la estabilidad social y cultural, hasta los primeros setenta, cuando, en ambos hemisferios, por diferentes razones, el tren empezó a descarrilar.

La inercia de la esfera privada reventó: algunos atribuyen esto al Estado, necesitado de controlar la última frontera autónoma de la sociedad; otros, al hecho de que las mujeres finalmente se rebelaron. Sin embargo, la investigación ha mostrado que ello se había debido probablemente a la combinación histórica de cambios profundos y simultáneos en la religión, la reproducción y los papeles de la mujer.

Se ha argumentado que el decaimiento de la creencia religiosa socavó las certidumbres psicológicas y morales, y creó «espíritus sin hogar» y «valores hedonistas» en el Norte, y movimientos mesiánicos —políticos o religiosos— en el Sur; que el debilitamiento de las instituciones religiosas tradicionales, de la comunidad y de la familia dejó a los individuos alienados y solos; que la necesidad de controlar el crecimiento de la población y la invención de la «píldora» y otros anticonceptivos catapultó el proceso entero de la reproducción biológica y social a la esfera pública; que el feminismo convirtió este proceso continuo en un movimiento ideológico y político apreciable. El eslogan feminista «lo personal es político» es hasta ahora la descripción más sucinta de este desarrollo histórico.

Previamente, el industrialismo, tanto en la forma capitalista como en la socialista, había encontrado un equilibrio manteniendo la esfera privada de la reproducción



en una lógica diferente; ahora esta esfera —tanto en sus dimensiones biológicas como sociales— plantea problemas fundamentales para el crecimiento económico. Mencionemos nada más los principales: el declive de la población en los países del Norte; la superpoblación —por respecto a la capacidad económica de sustentar una población dada— de muchas regiones del Sur, ligada a un rápido agotamiento ecológico; las migraciones laborales Sur-Norte; las dimensiones cambiantes del género (masculino o femenino) de la estructura del empleo; el creciente liderazgo de la mujer en los movimientos urbanos y rurales de los pobres; la creciente matrifocalidad de las familias, que también ha sido denominada «feminización de la pobreza».

Para nuestra consternación, tales aspectos están ausentes la mayor parte de las veces de los planes de desarrollo económico, o son mencionados marginalmente como «problemas sociales». Pero cuando se añaden a esto los problemas de los fenómenos «antisociales» aparece un cuadro bien distinto. Si reunimos un puñado de datos «indiscutibles», como el hecho de que las prisiones norteamericanas son actualmente insuficientes para albergar la creciente población criminal; que los suicidios continúan siendo una de las mayores causas de muerte en el Norte; que la drogadicción se está incrementando alarmantemente; que el alcoholismo, la prostitución y la criminalidad (incluyendo la criminalidad sancionada militarmente) también están globalmente en alza; y que un número sorprendente de ciudadanos cree realmente que, como dice el Apocalipsis, estamos al borde de una destrucción milenaria, un mundo espiritual y socialmente desequilibrado aparece llamativamente ante la vista. En términos estrictamente económicos, se podría decir que la economía mundial se está ennegreciendo día a día. ¿Se ha tenido esto en cuenta en los modelos de desarrollo? ¿O es ésta la parte que todo el mundo intenta omitir y dejar en manos de la policía y los militares? Esto podría conducirnos a un pensamiento muy serio: si parte de la soberanía política está pasando a manos del mercado, y una parte cada vez mayor está pasando a la policía y los militares, ¿cuánta soberanía política civil nos quedará para que el desarrollo continúe siendo una actividad guiada racionalmente?

Lo anterior se ha descrito con cierto detalle porque el propósito de este artículo no es otro que recalcar que, junto a la sostenibilidad ecológica, hay que conceder una atención prioritaria a la *sostenibilidad social* del crecimiento económico. Debería quedar completamente claro, de momento, que los factores sociales y culturales están conformando ya el crecimiento económico en algunas áreas vitales.

En esta dimensión de «problemas sociales» hay que añadir, en el Sur, la más penetrante y masiva transferencia de población desde las áreas rurales a los centros urbanos de la historia. La dislocación social y cultural subsiguiente no tiene parangón, aunque yo personalmente estoy convencida de que la creatividad y socialidad humanas podrían reconstruir tales lazos en pocas generaciones. *Si se dan condiciones que lo permitan*. Y ésta creo que es una de las áreas más cruciales de acción política en la década de los noventa.

En efecto, al hablar de la población que se verá «desvinculada» o marginalizada en una economía mundial de dos velocidades, debemos ser muy claros acerca de lo que estamos hablando. Sin duda nos estamos refiriendo principalmente a las poblaciones rurales, familias de agricultores en su mayor parte, y a los pobres urbanos que, en el Sur, son casi exclusivamente agricultores emigrantes. En realidad, las fa-



milias de agricultores serán probablemente el grupo social más castigado del globo en las próximas décadas, cualquiera que sea el modelo de economía mundial que se tome, puesto que están atrapados entre tres apisonadoras que avanzan. La primera, la biotecnología, está a punto de convertir una forma de producción que tiene 15.000 años de antigüedad en una forma de vida nueva e irreconocible. En esta nueva forma de vida, los agricultores no podrán cultivar sin introducir alta tecnología, controlada por una minoría. La segunda está ligada al hundimiento de los productos agrícolas en el mercado mundial, que está llevando a la quiebra a agricultores de todo el planeta. Los del Norte, sin embargo, tienen gobiernos ricos que subvencionan, regulan, ofrecen Seguridad Social, transforman granjas en hoteles, o encuentran otras maneras de minimizar el perjuicio a los agricultores. En el Sur, los agricultores se esparcen como la arena del desierto, creando de esta manera una desertización social de las áreas rurales que es tan dañina como la desertización del suelo. La tercera apisonadora —el agotamiento ecológico— también está afectando con más dureza al Sur. Una combinación de factores económicos, biotecnológicos y políticos ha degradado la vida de millones de familias de agricultores —agravada, en algunos casos, por las tendencias demográficas— que ahora están siendo empujadas poco a poco a esquilmar los recursos ecológicos. Esta ha de ser, sin duda, un área de suma prioridad para la acción política en las próximas décadas, pero no sólo proporcionando ayuda inmediata; el reto es repensar la economía del futuro en términos de una distribución territorial unificada en la que la forma rural de producción pueda estar ligada a la de alta velocidad. Para conseguir esto se necesita más investigación y pensamiento creativo, así como voluntad política.

### TERCER PASO: SOSTENIBILIDAD CULTURAL

El género de transformación civilizatoria que está sufriendo el mundo parece entrañar un proceso de homogeneización que lleva hacia una «aldea global». Es verdad que en todo el mundo hay alarma sobre la posible «pérdida de identidad», sea en Francia, en México o en Singapur, a medida que los medios de comunicación peinan los continentes borrando nuestra «sensación de sitio».

No obstante, a pesar de una tendencia superficial hacia la homogeneización cultural, o, más probablemente, a causa de ella, nunca en la edad moderna ha sido la diversidad cultural tan frecuente y belicosamente defendida. Mientras las fuerzas centrípetas a nivel global nos arrastran hacia una transnacionalización de la economía y de la cultura, en el nivel microsociaI parece estar sucediendo lo contrario, a medida que las fuerzas centrífugas atomizan las identidades nacionales en unidades cada vez menores. Aquí lo principal para el desarrollo es cómo interactuarían una economía mundial a dos velocidades o un modelo mundial único con los confines de las identidades nacionales, étnicas o comunales.

A este respecto es importante tener en cuenta los siguientes procesos, analíticamente diferentes:

1. En muchos países, ciertos grupos buscarán consciente y deliberadamente permanecer al margen de un desarrollo modernizador, puesto que los ciclos temporales en que viven son circulares y, de hecho, atemporales. Y sus deseos deben ser respe-



tados. Así ocurrirá con algunas sectas religiosas y ciertos grupos étnicos, tanto en el Norte como en el Sur. Debería dejárseles decidir a ellos, comprendiendo claramente que entonces no desearán los bienes y servicios de una economía modernizadora. Su problema será, por supuesto, que sus generaciones más jóvenes estarán constantemente escapándose para tomar el tren económico más veloz, pero eso será problema de ellos, igual que será elección suya su nivel de vida.

En cambio, si se les da un modo occidental de vida a la fuerza o por caridad, se destruirán sus estructuras psicológicas y simbólicas, como sucedió a muchos grupos nativos norteamericanos. Lo que necesitan es protección estatal contra aquellos que codician sus tierras o quieren explotar su trabajo. Para conseguir esto se están explorando en la actualidad nuevos esquemas en diferentes países: en Canadá, los Inuit están negociando para que se cree una provincia separada para ellos en las tierras árticas; en Nicaragua se concedió un estatuto de autonomía regional al área costera atlántica, donde viven la mayoría de las minorías indias y negras.

2. Los grupos así definidos, que están defendiendo una forma antigua de vida y de cultura, tienen que distinguirse de los que se están atrincherando en costumbres o religiones tradicionales porque están siendo marginados. Esto es, prevén que la nueva división económica del trabajo será para ellos terreno baldío, y en esto pueden tener razón, dado que en una economía en dos estratos se les dejaría con toda probabilidad en el lado estático. Sería la gran mayoría de la población de las áreas rurales del Sur, así como todos los obreros no especializados de las ciudades, tanto del Sur como del Norte. Es esta percepción de su creciente exclusión de la economía de alta velocidad, acompañada también normalmente por la marginalización política, la que les lleva a asumir identidades sectarias, sean religiosas, esotéricas, políticas o étnicas. Tales fenómenos son más generales en las ciudades del Norte, porque están más próximos a la economía de alta velocidad. En el Sur, las identidades seculares todavía proporcionan refugio. Lo principal que hay que recordar es que el primer grupo está luchando porque no quiere cambiar. Si se ofrece al primer grupo un puesto en el crecimiento económico, lo rechazará; el segundo lo aceptará, porque no tienen otra cosa de la que echar mano. Desde una perspectiva política es este grupo tan diverso el que requiere medidas que estimulen su propio desarrollo, pero ligándolo de alguna manera a la economía de alta velocidad, para evitar su «desvinculación» involuntaria de ésta.

3. El tercer factor creador de tendencias centrífugas —derivado de los procesos explicados más arriba—, pero útil para una distinción analítica, es el provecho político. Se están usando las identidades culturales como factor movilizador con propósitos emancipadores, o para ganar poder en política nacional, o para agrupar fuerzas políticas macrorregionales. El nacionalismo —tanto en los estados-nación como en las «nacionalidades» en sistemas socialistas— y el etnicismo están siendo alzados como banderas en esta lucha. En algunos casos, los grupos están demandando mayor autonomía política en una serie muy variada de movimientos —que sería demasiado larga para tratarla aquí—, es decir, los irlandeses, los vascos, los armenios, los sikhs o los kanakos. En otros casos se combina la defensa de la religión con la influencia regional, como en el caso de Irán y Libia.

4. Finalmente, las tendencias centrífugas también entran en juego cuando la



identidad cultural es utilizada para defender mercados nacionales. Cuando el gobierno británico lanzó su campaña «compre británico» al final de los años sesenta, mostró el camino a una larga serie de campañas proteccionistas en la guerra comercial entre economías rivales.

Estas cuatro tendencias deben tenerse en cuenta, por tanto, al preguntar si la pluralidad y la diversidad formarán parte de la nueva organización mundial. Ciertamente, así será. Contra los que arguyen que más desarrollo y más medios de comunicación significan más homogeneización cultural, el mejor contraejemplo es el de Europa: pese a su avanzado desarrollo industrial y al amplio alcance de sus comunicaciones, allí todavía se hablan 3.000 lenguajes, y las voces de las minorías culturales están muy vivas.

En el futuro próximo, los cuatro procesos anteriores continuarán muy probablemente influyendo en los acontecimientos sociales y políticos, tanto en forma de acción como de reacción a las tendencias centrípetas macroeconómicas. Sin embargo, una economía de dos velocidades ciertamente exacerbaría tales conflictos, puesto que la maginalización discurrirá, muy probablemente, a lo largo de los límites nacionales y étnicos preexistentes, agravando en consecuencia las disparidades de desarrollo. Esta, por consiguiente, sería una receta para la inestabilidad política crónica y la lucha social en todos los países.

Desde el punto de vista político, lo prioritario en esta dimensión cultural sería cambiar la legislación o crear una nueva, especialmente en países del Sur, para garantizar una participación política equilibrada de todos los grupos étnicos y para dar autonomía, tanta como sea posible, a las regiones y grupos que la demanden. No obstante, algunos líderes de minorías están exigiendo incluso que la organización de estados-nación sea desmantelada; y esto lo están repitiendo aquellos que ven en los nuevos bloques geoeconómicos los agentes políticos principales de la escena mundial. Esto no es realista ni deseable. Todos los estudios científicos han mostrado que la diversidad social y cultural es un rasgo inherente de la especie humana—también de especies animales— y que sólo se necesitan unas pocas generaciones de aislamiento relativo para que se formen una cultura y una organización social nuevas. Mas los patrones de crecimiento demográfico, la imaginación y la agresividad de los grupos humanos, por nombrar unos pocos rasgos, varían grandemente y, de este modo, hacen falta las reglas de organización política de una extensión geográfica de tamaño medio para atenuar y resolver conflictos. De hecho, esto es lo que intentan hacer los estados-naciones. Además, lo macroeconómico en un mundo multipolar no podría habérselas efectivamente con la mirada de grupos de minorías, ni tendrían éstos ningún medio de defensa o negociación en desarrollos globales.

## **UN PUNTO ESPECIAL: CONOCIMIENTO PARA CONOCER EL DESARROLLO**

Otra área que es vital para el desarrollo, especialmente en el Sur, pero que se pierde rutinariamente en los intersticios entre tecnología y etnicidad, es la del conocimiento. Me refiero específicamente a ese conocimiento llamado, diversamente, tradicional, local, empírico o etnocientífico, pero que es vital para el desarrollo.



A este respecto, es importante recalcar que las condiciones presentes del sistema internacional están haciendo a la gente de los países del Sur más pobre en recursos económicos, pero también les están embotando en conocimiento y, lo que tal vez sea incluso peor, en la confianza con la que podrían continuar creando conocimiento. Esta tendencia fomentará, en realidad, un sesgo sin precedentes históricos en la riqueza cognitiva e intelectual de un mundo que ha tenido una historia intelectual y científica multipolar: Egipto, Mesopotamia, India, los incas, Centroamérica, China, Benin, los árabes, Grecia, Europa. Nunca en la historia ha sido ninguna región la creadora única de conocimiento.

En efecto, aunque se prevé una multipolaridad económica para el futuro, ¿no se está cimentando insidiosamente una unipolaridad científica y tecnológica? Pero no nos confundamos: no es cuestión de dejar de reconocer los extraordinarios logros de la ciencia y la cultura occidentales. No hay duda de que Occidente, por medio del racionalismo, creó las condiciones intelectuales que sostienen el progreso científico. Pero es una cuestión de enfoque: su gran Edad del Descubrimiento —de la que todo el mundo está ansioso por conmemorar su quinto centenario en 1992— fue también su Edad de la Apropiación de los recursos mundiales. Todo el mundo piensa inmediatamente en recursos económicos, raramente se consideran los enormes recursos intelectuales que Europa también tomó de Oriente, del Sur y de todas partes.

Pues, desde la época isabelina —y algunos opinan incluso que este fue uno de los inventos decisivos para el advenimiento de la ciencia y el capitalismo—, los científicos e intelectuales europeos han sido protegidos escrupulosamente en sus derechos creativos y recompensados por sus persistentes esfuerzos. Compárese eso con el hecho de que los descubridores e intelectuales «populares» del Sur nunca han tenido el menor reconocimiento a sus derechos o esfuerzos. Y esto sigue siendo válido hasta hoy.

Las corporaciones y científicos del Norte reclaman con razón que se respeten las patentes en los países del Sur. Pero ¿dónde están todas las patentes de todos los productos manufacturados por hombres y mujeres, y las ideas tomadas del Sur por el Norte en los últimos cinco siglos? Y, hoy día, ¿qué significan las patentes si, por ejemplo, una patente vegetal de una corporación del Norte se ha hecho con plasma germinal traído del Sur, tal vez incluso haciendo uso del conocimiento botánico «popular» traído también del Sur, y, mediante la fuga de cerebros, quizás empleando las mejores mentes nacidas, criadas y educadas en el Sur?

En cualquier caso, lo principal es que la distribución mundial de la capacidad de seguir creando conocimiento está sesgándose peligrosamente, y se deterioraría más aún en un modelo de mundo en dos estratos. En efecto, el Norte no sólo concentra todos los recursos financieros, institucionales e intelectuales para la investigación, sino que su desarrollo sigue acumulando los recursos físicos e intelectuales del Sur.

Es verdad que los gobiernos de los países del Sur también tienen culpa. La destrucción ecológica, la discriminación cultural, la insensibilidad gubernamental y el menosprecio público del conocimiento local y tradicional están destruyendo una riqueza que llevó milenios construir.

No es fácil exagerar lo que esta pérdida de conocimiento significará en términos de civilización humana. Los biólogos advierten con urgencia, en palabras de E. Wil-





son, que «lo peor que puede suceder no es el agotamiento de la energía, o el colapso económico, la guerra o la expansión de un gobierno totalitario. Estas catástrofes serían terribles para los seres humanos, pero podrían repararse en pocas generaciones. El único proceso activo que llevaría millones de años remediar es la pérdida de diversidad genética y de especies debida a la destrucción de hábitats naturales». La contrapartida en el campo de la cultura de esta pérdida de diversidad genética y de especies es, precisamente, la pérdida de la diversidad del conocimiento humano y de las tradiciones culturales.

Por supuesto, los seres humanos también tienen la capacidad de adaptarse a entornos que cambian rápidamente, de modo que hay que dejar espacio al nuevo conocimiento. Aún así, este don de la adaptación se basa en la única facultad que las personas tienen por encima de las plantas, y aun sobre los ordenadores, que es la facultad de aprender a partir de la experiencia. Si esta experiencia, en sus diversas formas de conocimiento local o tradicional relativo a farmacia, ecología, botánica, zoología, agricultura, caza, pesca y recolección, terapia fisiológica y psicológica, y sistemas simbólicos, si eso es borrado del libro de la historia humana, esto significará un empobrecimiento, no sólo en términos absolutos, sino en posibilidades de aprender de la experiencia para el progreso científico y social.

Y no se trata sólo de un problema de que la ciencia popular o etnociencia proporcione importantes indicaciones que luego son desarrolladas en laboratorios sofisticados —y, de paso, patentadas. Es igualmente cierto que, por muy refinados que sean los productos de los laboratorios científicos o de las aulas de seminario, todas las tecnologías, todos los modelos administrativos o políticas económicas han de ser adaptados, moldeados y combinados con procesos locales para poder tener éxito en diferentes entornos geoecológicos, políticos y sociales. En realidad, algunos de los peores ejemplos de fracasos en desarrollo pueden atribuirse a la falta de atención a las condiciones locales.

Las medidas políticas, muy especialmente en los años noventa, deberían atender a preservar activamente esta diversidad de conocimiento. Esto se puede hacer, entre otras cosas, utilizando la sofisticación de la informática para registrar, clasificar y difundir tales bases de conocimiento, creando conciencia y apoyando proyectos entre las poblaciones locales de modo que sean capaces por sí mismas de atesorar y preservar tal conocimiento para su propio progreso.

## ESBOZANDO PROPUESTAS POLITICAS

Si el marco de trabajo en el que nos ocupamos de las nuevas tendencias mundiales es global y holista, la búsqueda de objetivos compartidos se vuelve importante. La forma que adoptaron las ideologías políticas en el siglo XX se ha vuelto obsoleta; esto no significa que los principios que guiaron muchas de ellas estén obsoletos. Los mejores de estos principios —igualdad, democracia, libertad de elección, derechos humanos y políticos— tienen que recibir una nueva forma en las próximas décadas. El desafío es conformar algo que todavía no ha nacido pero que, mientras es sometido a prueba, nacerá.

¿Cómo inducir este parto? Apoyando la investigación interdisciplinar y a los grupos políticos que incluyan participantes del Norte y del Sur, para repensar las



metas e instituciones políticas, sociales y culturales sobre una base global. Por supuesto, tienen prioridad inmediata las nuevas gestiones financieras y económicas, así como las instituciones medioambientales.

Igualmente importante es la necesidad de crear mayor conciencia pública a través de los medios de comunicación, tanto en el Norte como en el Sur, de la necesidad de una aproximación global en la que la responsabilidad y los beneficios, compartidos, sean negociados para un desarrollo mundial sostenible.

Respecto a la sostenibilidad social, deberían dirigirse esfuerzos de investigación a incorporar los costes económicos del malestar social dentro de los modelos económicos de desarrollo. Esto es en parte un problema metodológico, cuya solución debería conectarse, primeramente, con la recolección de datos seguros sobre tales fenómenos.

En el aspecto político, mientras persista el dualismo económico persistirá la necesidad de alguna forma de bienestar social para los excluidos de la economía de alta velocidad. Además de ayuda o seguridad social, la política debería alentar lo que se podría denominar «libertad de imaginación». Es decir, la capacidad de crear nuevos medios de vida. ¿Cómo? Entre otras cosas, dotando de créditos a microindustrias, especialmente para mujeres amas de casa, y para microproyectos agrícolas y pesqueros medioambientales sólidos; promoviendo nuevos esquemas organizativos en agricultura de alta tecnología que fomente una interdependencia negociada en vez de un control vertical; acelerando y ampliando la difusión de la base de conocimiento de las nuevas tecnologías y de los movimientos del mercado; intensificando unos lazos renovados de familia, parentesco y solidaridad social que seguirán dando a la gente un sentimiento de pertenencia, sin ser opresores para las mujeres; apoyando las iniciativas populares para crear una nueva «sensación de sitio» en una sociedad global.

En términos de sostenibilidad social, tiene que haber mayor conciencia de que, en última instancia, un sentimiento de sentido y de propósito son los dos rieles sobre los que debe rodar cualquier tren de desarrollo, y, por consiguiente, estas dos preocupaciones tienen que ocupar un lugar en las agendas políticas. ¿Puede la cultura occidental proporcionar sola las respuestas a objetivos globalmente compartidos? Esto ya no es posible en un contexto global. Las respuestas tienen que provenir de un diálogo constante entre culturas y a través de la ciencia. Tal fin puede ser perseguido mediante programas en medios de comunicación, investigación de muchos tipos, programas científicos y educativos, y especialmente el arte, que explora y enriquece tal diálogo.

Sería deseable que se dedicasen medidas políticas y de investigación especiales a la dimensión multiétnica de las sociedades nacionales: las negociaciones entre tales grupos ¿se llevarán a cabo en el nivel de los gobiernos nacionales o de las macrorregiones? ¿Cuáles serán los patrones de migración étnica desde los países menos desarrollados, dejados fuera de las macrorregiones, hacia éstas? La base de conocimiento sobre este tema, amasada por la investigación antropológica durante muchas décadas, debería utilizarse para esto. Deberían proseguirse los estudios comparativos acerca de legislación reciente y acuerdos políticos con minorías indígenas y nacionales.



Finalmente, debería hacerse un gran esfuerzo en todo el mundo por registrar el conocimiento local y tradicional, especialmente en las regiones en que apisonadoras y televisiones están dando al traste con un legado de observaciones desarrolladas durante siglos. Esto puede hacerse rápidamente mediante ordenadores y métodos etnográficos. Lo ideal sería potenciar los proyectos en que las propias comunidades – especialmente los jóvenes y los viejos– preserven su legado de sabiduría.

## UN TIEMPO DE ELECCIONES DIFÍCILES

En términos generales, evitar una economía global y nacional en dos estratos, ricos y pobres, significa derribar los muros judiciales, políticos, científicos y culturales que polarizan el uso de los recursos. En medidas concretas, significa extender los servicios educativos preservando, reconociendo y adaptando el conocimiento local, promoviendo la democracia, eliminando la discriminación étnica y abriendo los medios de comunicación a la participación local, entre otras cosas. No se trata en absoluto de distribuir regalos, sino de reconstruir medios de vida.

Como ha recalcado recientemente James Grant, director ejecutivo del UNICEF, éste es un tiempo de elecciones difíciles. En este momento todavía hay tiempo de escoger entre un esquema de *apartheid* para el desarrollo global, con toda su inestabilidad, pobreza y sufrimiento, u otro donde el proceso pueda ser un fin en sí mismo en el tiempo presente y un sendero de participación hacia el futuro. Esta me parece nuestra única opción: no sabiendo a dónde vamos, todavía podemos decidir cómo avanzar.

---

**Lourdes Arizpe es economista mexicana.**

<sup>1</sup> Tomado de *Development. Journal of the Society for International Development*, 1989:1, pp. 5-10. Traducción de J. M. Alonso.